

La primera descripción de la Costa Brava

Por Dr. LUIS PERICOT

Para un historiador enamorado de la costa gerundense es imposible no pensar con frecuencia en cómo la habrán visto las generaciones que nos precedieron. Es evidente que en todo tiempo han existido espíritus dados al goce de la naturaleza, gentes que se habrán recreado en la contemplación de las bellezas del mar y de un litoral como los nuestros. Pero cuando tratamos de puntualizar etapas en la historia de la costa ampurdanesa y sobre todo en su toponimia, nos damos cuenta de las escasas posibilidades de reconstruir el pasado de aquélla por falta de datos seguros y cronológicamente fijados.

Muchas veces hemos meditado sobre quién sería el autor de esos deliciosos nombres aplicados

desde antiguo a nuestros cabos, calas, y playas, a quién se le ocurriría por primera vez bautizar con los nombres de *Aigua Blava*, *Aigua Freda* o *Aigua Xelida* esas maravillosas ensenadas del Bajo Ampurdán. Podemos tal vez imaginar que estos nombres surgieron en la época inicial del uso del catalán y fueron debidos a algún buen monje, romántico y soñador, de uno de los monasterios que por esa costa existieron desde los tiempos inmediatamente posteriores a la Reconquista:



Bagur junto al promontorio Celebántico

Sant Feliu, Fontclara, Ullá... En todo caso, cuando empezamos a tener datos, en los mapas medievales o en textos como la Crónica de Muntaner hallamos ya citado el *Cap d'Aigua Freda*, para indicar lo que hoy llamamos Cabo de Bagur. De manera que podemos estar seguros de que estos nombres, en parte por lo menos, se remontan a la Alta Edad Media, a los albores de la formación de nuestra lengua.

Pero, naturalmente, no podemos pensar que fueran más antiguos y nos queda por explorar una etapa anterior a esos nombres ya catalanes. Esta etapa abarca unos dos mil años, pues hace alrededor de tres mil que el poblamiento empezó a tomar en nuestra región litoral un aspecto decididamente urbano. En ese momento los toscos poblados indígenas que desde el advenimiento de los tiempos neolíticos se habían levantado en lugares altos y dominantes, se ensacharon y adquirieron importancia, acaso por la influencia de los pueblos colonizadores que conocían ya desde tiempo atrás una vida urbana más intensa. Nombres tan arcaicos como Bagur proceden de un viejo substrato lingüístico, sobre el que algunos colegas como D. Pelayo Negre y el profesor Pericay han realizado estudios notables. Una gran labor queda por realizar al arqueólogo, el cual, con un estudio más minucioso que el que se ha efectuado hasta ahora, podrá algún día reconstruir el aspecto humano de nuestro litoral hace unos milenios.

Pero no se trata de realizar ahora este intento para el cual haría falta también la colaboración del geólogo que nos ha de dar el perfil de la costa hace tres mil años y el clima que reinaba entonces en ella. Quisiéramos aquí referirnos tan sólo a los primeros textos que nos describen en forma asaz simplificada nuestra costa. Y que nos dan, por tanto, los primeros topónimos aplicados con cronología segura que de ella poseemos.

Pues bien, si prescindimos de los textos de elaboración posterior que se refieren a la fundación de Ampurias, poseemos dos fuentes de fines del siglo VI, ambas de origen griego, que nos ilustran sobre la geografía de la costa gerundense en la época misma en que fueron redactadas.

De ellas, la más importante, con mucho, es la famosa *Ora Maritima*, de Rufo Festo Avieno. La otra la constituyen los escasos fragmentos conservados de la Geografía del célebre Hecateo de Mileto, uno de los grandes sabios que la ciencia jónica dió al Helenismo; de estos fragmentos prescindiremos en el presente artículo.

Veamos qué imagen nos proporcionan esas fuentes antiguas de lo que sería nuestra costa el año 500 a. de J. C., es decir, hace unas 75 generaciones.

Si no se han sucedido más de 75 generaciones humanas sobre estas playas y calas encantadoras, no hay duda que es a través de ese número, que parece escaso, como hay que comprender toda la vida y toda la tradición de ese tipo de gerundense costero que ha ido refinándose a lo largo de los siglos y que ha dado estos ejemplares maravillosos de marineros, cantadores y humoristas que parecen tan fruto de nuestro litoral como las *garoines* o las *patellides* de las peñas batidas por el agua.

Por desgracia esos textos a que hicimos referencia son incompletos y han llegado a nosotros en forma lastimosa. Conviene insistir sobre todo en lo precario de los datos que Avieno nos facilita. Muchas veces los aficionados no se dan cuenta de tal imperfección y tienden a valorar un dato de Avieno como si estuviera dotado de todas las garantías de autenticidad.

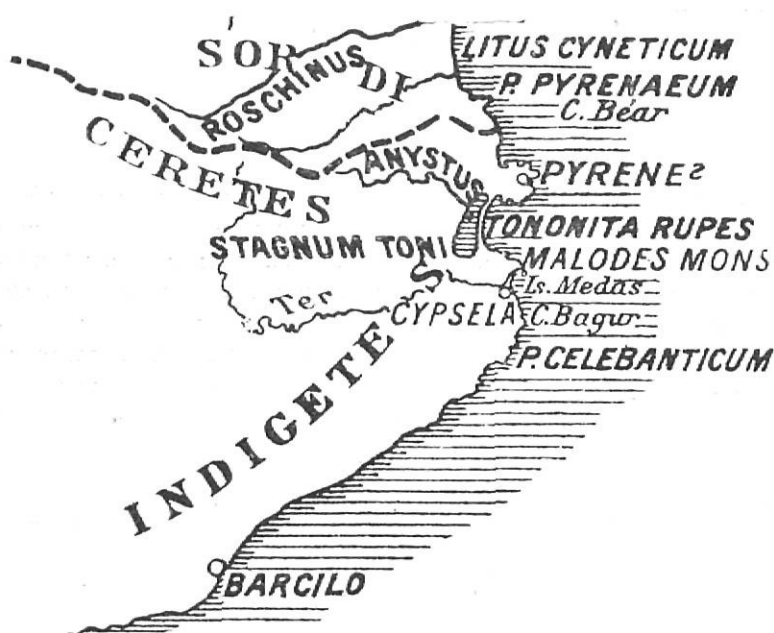
Rufo Festo Avieno era un poeta y escritor del siglo IV de nuestra Era. Viviendo en una época de decadencia, sentía una añoranza de los viejos tiempos, lo que da un aire arcaizante a todas sus obras. Cuando un amigo suyo, Probo, fué enviado a ocupar un cargo en el lejano Ponto (el Mar Negro), le dedicó un poema en que le describía las costas mediterráneas por las que discurría el viaje a su nuevo puesto. De ese poema no se conserva sino la primera parte, en que tras un proemio se describe el itinerario desde las Islas Británicas hasta Marsella.

El valor de este poema reside en que Avieno utilizó, para redactar su itinerario, fuentes remotísimas, a las que alude claramente. Algo así como si a un amigo que se va al Japón le quisiéramos describir los países que va a ver y para ello en lugar de consultar el Baedeker utilizáramos el relato de Marco Polo.

Son bastante convincentes las razones de Schulten (siguiendo a una serie de otros investigadores) en favor de la hipótesis de que la *Ora Maritima* de Avieno contiene un viejo Periplo, obra de un navegante griego y que puede fecharse a fines del siglo VI a. de J. C. En tal caso hemos de pensar que el viejo relato fué transmitido a través de mil años y al pasar por diversas redacciones (Eforo en el siglo IV a. de J. C., maestros griegos y romanos) hubo de sufrir modificaciones hasta ser manejado libremente por el propio Avieno. Siguiéron luego las alteraciones inevitables a manos de los copistas medievales y para colmo de males no conservamos ningún manuscrito de este texto y si sólo la edición príncipe.

No es raro pues que algún investigador, aburrido por la imposibilidad de deslindar lo que corresponde al siglo VI a. de J. C. de lo que fué añadido por Avieno, o lo que ha podido ser modificado de innumerables modos, a lo largo de tantos siglos, haya propuesto que se prescinda de una vez de ese texto como fuente histórica.

Pero ello no es posible y bueno o malo es lo único que poseemos para fecha tan remota, así es que seguiremos condenados a dar vueltas alrededor de las in-



← La Costa Brava tal como no es descrita por el Periplo de Avieno (s. VI a. J. C., según A. Schulten).



Siluetu del Montgri con
el Castillo

terpretaciones que a cada verso del poema cabe dar.

Vengamos ya a la parte de este texto que se refiere al Ampurdán. Dejando aparte diversos problemas de crítica del texto que no son propios de este lugar, daremos la traducción de los párrafos que a nuestra costa se refieren tal como la ha dejado establecida Adolfo Schulten en la edición de la *Ora Maritima* que publicó como tomo I de las *Fontes Hispaniae Antiquae* (publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, 1.^a ed. 1923, 2.^a edición 1950).

Tras la cita (bien discutida también) de Barcelona, dice así: "*Vienen luego los ásperos Indigetæ; gente dura, feroz en la caza y habitante en escondrijos. El cabo Celebantico extiende luego su dorso en el salado mar.*

Que haya estado junto a él la ciudad de Cypsela es ya sólo un rumor, pues ningún vestigio de la antigua urbe conserva el áspero suelo. Se abre allí un puerto en un gran golfo y en grande extensión penetra el mar en la cóncava tierra después de lo cual se recuesta el litoral indicético hasta el vértice del cabo Pirineo. Después de aquel litoral que hemos dicho que yace hacia atrás, se levanta el Monte Malodes y surgen entre las olas dos escollos que dirigen hacia las nubes la doble cima. Entre estos, además, se halla un extenso puerto, no estando expuesto el mar a viento alguno. Las cimas de las

peñas amparan en grande extensión toda la costa y entre ellas se esconde un abismo inmóvil; reposa el mar y el piélago encerrado permanece quieto. Después la marisma de Tonon al pie de los montes y el cabo de la peña Tononita se levanta por donde el sonoro río Anisto revuelve su agua espumosa, cortando el mar con su corriente. Tales cosas se hallan junto a las ondas y a los parajes marítimos; pero el terreno del interior lo poseyeron antes los ceretas y los duros ausoceretas; ahora con ese mismo nombre son una tribu de los iberos. Luego por fin, el pueblo sordo habitaba inaccesibles lugares y extendiéndose hasta el mar interno habitaba entre escondrijos de fieras por donde se levantan las cimas del Pirineo cubiertas de pinos, ciñendo los campos y el abismo del mar en grande extensión. En los confines de la tierra sordicena se cuenta que estuvo en otros tiempos Pyrene, ciudad de rico solar pues la frecuentaban a menudo los massaliotas, a causa de sus negocios. Y desde las Columnas de Hércules, así como del mar Atlántico y del confín de la costa Cefírida hasta Pyrene hay un viaje de siete días para una nave veloz. Después del cabo Pirineo yacen las arenas del litoral Cinético, que extensamente surca el río Roscino".

¿Cómo cabe interpretar ese precioso texto?

Si por otras fuentes sabemos que los layetanos llegaban hasta el Tordera debemos suponer que el Periplo quiere situar desde este río, es decir, desde el comienzo de la costa gerundense, a los Indiketæ. Es este un punto que cabe discutir pues hay razones para suponer que la costa de la Selva sería el dominio de los ausetanos.

El primer punto que se cita es el *Iugum* o Promontorio Celebándico. Con Schulten lo hemos identificado con el cabo Bagur. En realidad no hay para ello otra razón que el ser el cabo Bagur el punto más saliente de la costa gerundense después del cabo de Creus. Acaso sería más acertado identificarlo con la terminación sobre el mar del sistema de las Gabarras sin querer precisar más el punto concreto al que deba aplicarse el nombre. La importancia de su posición concreta reside en que cerca de él ha de buscarse aquella legendaria ciudad de Cypsela que tanto ha preocupado a eruditos y aficionados de la comarca. Su nombre es claramente griego y por tanto podría ser una de las poblaciones helénicas que acompañaron al establecimiento griego de Ampurias o acaso le precedieron, pues Cypsela debe ser del pleno siglo VI a. de J. C.

Con Schulten la situamos en la Fonollera, como lugar próximo al cabo de Bagur. Pero nuestras exploraciones en el clásico montículo señalado por su viejo pino, hoy a punto de extinguirse por desgracia, que se levanta entre las desembocaduras del Ter y del Daró, no han confirmado hasta ahora que allí existieran restos más antiguos que los de unas habitaciones romanas como con tanta frecuencia se dan en todo el llano vecino.

Si no estuvo donde la buscamos, ¿dónde puede hallarse Cypsela? Puede buscarse en cualquiera de los poblados costeros que la Arqueología señala desde Blanes hasta Rosas. Sin duda los guixolenses, que pueden aducir la forma Gecsalis en la alta Edad Media, tienen cierto derecho a reclamar para sí la vieja factoría.

Situación dominante la ofrece también el poblado de Castell, en la bahía de la Fosca (Palamós), que con Miguel Oliva hemos excavado en los pasados años gracias a la generosidad de Don Alberto Puig Palau. Hubo allí sin duda vestigios de ocupación muy antiguos y por tanto puede reclamar aquel nombre.

Igual circunstancia se da en el señero castillo de Bagur. ¿Y qué decir de esa ciudad magnífica que va apareciendo cada vez con mayor claridad, en el cerro de San Andrés de Ullastret? Desde fines del siglo VI, la época del Periplo de Avieno, hastaprinicipios del siglo II a. de C., época de su ruina a manos de los romanos, debió ser una de las capitales de los indigetes; la abundancia de restos cerámicos griegos no extraña un nombre helénico como el de Cypsela. Y sin embargo nos parece en exceso aventurada esta hipótesis. No es de extrañar que ante tantas dudas, el conocido investigador italiano Nino Lamboglia haya lanzado la hipótesis de que Cypsela fuera uno de los nombres dados a la colonia de Emporion.

En las confusas frases que siguen luego en el Periplo, han de verse sin duda referencias al puerto que cerraban las Islas Medas y la costa del Estartit, que penetraba muy al interior de las tierras formando profunda ensenada, y al golfo de Rosas, también más profundo entonces.

El monte Malodes parece debe referirse al Montgrí y los escollos deben ser las Medas. El río Anysto es la Muga y el estanque de Tonon (topónimo que parece conservarse en Tonyà) es el estanque de Castelló. El cabo de la roca Tononita ha de ser el Norfeu.

Asombra el hecho de que no se cite Ampurias. Según Schulten ello se debe a que el Periplo es anterior a la fundación de esta ciudad y Avieno escribió ya cuando en franca decadencia, había perdido su importancia. Pero tal explicación no es convincente y preferimos achacar este silencio a un accidente de transmisión de este torturado texto.

Precioso es el dato de los *ceretas* y *ausoccretas* (las gentes de la Cerdeña y del llano de Vich) o sea de los montañeses que lúndan con el Ampurdán. Montañeses eran también los *sordos* o *sordones* que debían ocupar las Alheras y penetrar ya en el Rosellón, que nos es descrito con su río Roscino (Tet), más allá del cabo Pirineo, que puede ser el cabo Béar como quiere Schulten aunque lógicamente debiéramos identificarlo con el cabo de Creus. Allí hubo, según fuentes posteriores, un templo dedicado a Venus, cuyo recuerdo conserva el Portus Veneris, hoy Port-Vendres.

¿Dónde buscar la ciudad de Pyrene? He aquí otro enigma de nuestra costa tan profundo y acaso más interesante aun que el de la discutida Cypsela. Para Schulten, Pyrene ha de identificarse con Rosas mientras muchos han pensado en Cadaqués o en Puerto de la Selva. Pero pudo hallarse en cualquier otro rincón de esta parte de la Costa Brava, hasta Port-Vendres.

Tanto Cypsela como Pyrene han de ser objetivos primordiales de los arqueólogos gerundenses y su hallazgo ha de constituir el premio más deseado. Con Tartessos y otros numerosos enigmas de la antigua historia española figuran en la serie de apasionantes temas de rebusca. Miramos con cierta nostalgia el no poder ya sumarnos a esta rebusca. Nuestras correrías por la Costa Brava no nos han puesto sobre la pista de estas viejas ciudades, pero estamos seguros de que alguno de nuestros jóvenes continuadores tendrá la fortuna que nosotros no alcanzamos. Y algún día las ruinas de Cypsela y Pyrene vendrán a sumarse a las ya excavadas, que nos muestran a una población que hace 75 ó 60 generaciones disfrutaba de los encantos de la Costa Brava, acaso tan intensamente como nosotros. ¿Cómo negar la posibilidad de que algunos de los actuales topónimos derive de los que crearon esos remotos abuelos nuestros? Y así quedan abiertos amplios caminos a la investigación de filólogos y arqueólogos, añadiendo un atractivo más a ese extraordinario litoral indigeta o ampurdanés que se ha hecho famoso con el moderno y discutible nombre de Costa Brava.